



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

EL PRIMER PASO



—¡Caramba si estás hermosa!
Te aseguro que este encuentro
me hace sentir... una cosa
que me saca de mi centro.
—¡Pues á mí me ha puesto triste!
—Si yo puedo consolarte...
—¡Me casé por olvidarte!
—Y yo porque tú lo hiciste.
—¡Sí, ya estáis los hombres buenos!
¡Tú casado!
—¡Tú casada!
—Pero no me importa nada.
—¡Pues á mí me importa menos!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Bagatelas, por Luis de Ansoarena.—Palique, por Clarín.—Una distracción, por Juan Pérez Zúñiga.—Antes del estreno, por Sinesio Delgado.—¿Cómo se escribel, por Antonio de Valbuena.—La vuelta de los toros, por Constantino Gil.—Menudencias, por José M.^a Solís y Montoro, Felipe López Colmenar, Sixto Celorrio y Felipe A. de la Cámara.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: El primer paso.—Modestia.—De la guerra (cuatro viñetas).—Y después de todo...—Desdichas del hombre gordo, por Cilla.



DE TODO UN POCO

PADRES CELOSOS

I

Estaba yo hablando con don Pompeyo, esclarecido procurador de esta corte, cuando de pronto entró en el despacho su distinguida esposa, diciéndole:

—¡Ven al momento, anda, no te detengas!

—¿Qué ocurre?—preguntó él.

—Que el niño...

No quiso oír más D. Pompeyo. Soltó un pleito civil que tenía en la mano, dió un respingo, derribó dos sillas, dejó tras de sí las babuchas que se le salieron de los pies en su precipitada carrera, y se fué á escape hacia las habitaciones interiores, dejándome con la palabra en la boca.

Y entonces pregunté al escribiente:

—¿Sucede alguna desgracia?

Y él me contestó sonriendo:

—No, señor. Esto pasa aquí á todas horas.

—Pero ¿qué es ello?

—Nada, que D. Pompeyo ha tenido un hijo, después de veintisiete años de matrimonio, y lo va á matar el día menos pensado á fuerza de medicinas y precauciones.

—¡Cuenta usted, cuenta usted!

—Antes de que naciera la criatura, aquí se estaba muy bien, porque D. Pompeyo es un alma de Dios; pero desde hace nueve meses, esta casa es un infierno. El chico salió algo flojo y con las carnicitas blandas como el queso de Burgos, y unas veces llora porque le duele la tripa y otras porque no le duele, y tan pronto mama como le chupa el pañuelo á la nodriza; de manera que don Pompeyo y su mujer no tienen instante de reposo, y aquí no se hace nada á derechas.

Cuando estábamos en esto, oímos al procurador lanzar dos ó tres maldiciones seguidas, y á su mujer que gritaba:

—¡No te alarmes, Pompeyo! ¡Ten calma!

—¡Hijo mío de mi corazón!—decía él.

Á mí me pareció oportuno interesarme en el dolor de D. Pompeyo, y entré en el gabinete donde estaba el pobre hombre hecho un mar de lágrimas.

—¿Qué ocurre?—pregunté.

Él no pudo contestarme; la señora fué quien calmó mi curiosidad exclamando:

—¡Que el niño está muy malito!

Yo dirigí los ojos hacia el objeto de aquellas ansias, que era un chico verdoso y calvo, con la nariz en forma de boliche y los ojos menuditos como los de una comadreja.

Estaba boca abajo sobre las rodillas del ama y se entretenía en meterse en la boca los cinco dedos de la mano derecha.

—¡No quiere mamar!—dijo la madre.

—Nun, señor—añadió la nodriza.—Le metu el pechu en la boca y nun lo coge.

D. Pompeyo se levantó súbitamente y fué en busca de un frasco con etiqueta verde; lo destapó con mano temblorosa y, después de aplicárselo á la nariz, vertió algunas gotas de su contenido en una cuchara.

—Venga el niño. Hay que darle la cucharada—dijo.

Y quieras que no, introdujo la medicina en las fauces del chiquitín, que se puso á llorar con desconsuelo y á devolver el líquido, protestando de tantas molestias.

—Déjenlo ustedes en paz—dije yo.—El niño no tiene nada.

—¿Que no?—replicó D. Pompeyo.—¡Cuántos niños se desgracian por descuido de sus padres! Al mío no le pasará eso, porque le cuidamos y vivimos pendientes de su salud.

II

El niño de D. Pompeyo tiene ahora nueve años y parece un cñife.

No ha ido aún al colegio, porque según sus papás, allí se respira una atmósfera insana; no juega en el Prado, porque se fatiga; no come frutas, porque le descomponen el vientre.

La pobre criatura es víctima de los cuidados paterno y materno.

Desde el 15 de Agosto de 1882, en que tuve el honor de conocerle, hasta la fecha, ha tomado unos cuarenta y cinco hectolitros de aceite de hígado de bacalao y diez ó doce de jarabe de rábano iodado. Además, todas las noches, antes de acostarse, tiene la obligación de tragar dos cucharadas y media de la emulsión Scott y tres pastillas cloro-boro-sódicas del doctor Bonald, para que no se irrite garganta.

Su papá le lleva á las Salesas, porque no quiere perderle de vista, y mientras despacha sus asuntos se lo entrega á un alguacil cariñoso, diciéndole:

—Voy á la escribanía del Sr. Garduña, para ver si llevamos al cadalso á un reo que no tiene dos pesetas; en el interín, hágame usted el favor de cuidar á mi niño y no le permita usted que se lleve á la boca nada que le pueda perjudicar. Procure usted que no se coma las uñas, porque le producen mareos.

En casa someten al niño á una reglamentación higiénica que le hace desgraciado.

De ocho á nueve toma chocolate, de nueve á diez pasea por la habitación, de diez á doce descansa. Á las doce almuerza, á la una se va con D. Pompeyo al palacio de justicia, después vuelve á pasear hasta las cinco, á esa hora come y en seguida hace gimnasia en una buhardilla de la calle del Lobo, hasta que sude y se empape.

De manera que la pobre criatura no tiene un solo momento de la alegría, y en fuerza de tomar menjerges y de recibir cataplasmas, vive triste y alicaído.

El exceso de cuidados le perjudica hasta un punto inconcebible, y en vez de criar carnes, cría una cosa así como natillas, y el día menos pensado entrega su alma á Dios.

Hoy, día de la fecha, el niño de D. Pompeyo no es niño: es una hoja de bacalao con sombrero á la marinera, y el papá dice á cada paso, como hombre previsor y convencido de sus deberes:

—¡Cuántos niños se desgracian por descuido de sus padres! El mío, gracias á mis cuidados, está hecho un roble.

Y ayer fueron á pesarle y arroja 22 kilos 200 gramos.

Lo natural es que se muera de un momento á otro.

Luis Taboada.

(Del libro en prensa *Tipos cómicos*.)

Bagatelas.

Si te quieres convencer de lo mucho que yo peno, basta, niña, con que pongas tu mano sobre mi pecho, y al sentir del corazón el golpe cansado y seco, seguro estoy que dirás: —¡Parece que toca á muerto!

Ayer tarde la enterraron... ¡Qué feliz será la tierra que ya la tiene en sus brazos!

Dicen que al morir un niño se ríen todos los ángeles... ¡Cómo se conoce que ninguno de ellos es padre!

—Por su amor—le dije ayer al diablo—¡mi alma te entregó!

Y el diablo me contestó: —¡Me basta con un infierno!

Después de lo sucedido, en cuanto te ve en la iglesia, la Virgen se encoge de hombros y olvida lo que le rezas.

Es un inútil trabajo y una estupenda locura que hagas que el alma eche abajo lo que elevó tu hermosura.

Lucho para ver si puedo lograr la dicha completa: pensar con el corazón y sentir con la cabeza.

Por buena te respeté... Después te volviste mala...

y respetándote sigo...
¡pero ahora por repugnancia!

—
Como estás medio vencida,
me aparto de ti, mujer,
que hacer verdad tu caída
fuera matar el placer

más intenso de mi vida.
El goce de ser tu dueño
traería una gran tristeza...
¡Nos costaría este empeño,
á tí, infeliz, tu pureza,
y á mí lo mejor de un sueño!

Luis de Ansorena.

★
MODESTIA



—Me canso de que me adoren.
¡Quisiera no ser buen mozo,
sólo por pasar la vida
ni envidiado ni envidioso!

★
PALIQUE

Don Juan Valera acaba de publicar un elegante volumen que se llama *Genio y figura...* Es una novela que se parece mucho á una historia y tiene ese interés picante de la crónica... *cuasi* escandalosa, que jamás alcanzan las narraciones que sabemos que son pura fábula.

Pero, no hay que equivocarse; no se debe esto á la realidad de los hechos narrados, sino al arte del maestro que sabe fingir primorosamente que cuenta la verdad.

Genio y figura nos da, en pocas páginas, mucha doctrina... de *mundología*, ejemplo constante de buen estilo, de correcto lenguaje y otra porción de cosas buenas que, juntas, no cuestan más que tres pesetas.

Pero, á pesar de ser cosa tan buena, tan bonita y tan barata, la prensa apenas ha hablado de este libro. Yo no he visto más que unos párrafos que le dedica Cavia, que siempre se fija en lo bueno, y un artículo en *La Correspondencia*. (Y ahora leo otro, en el *Heraldo*, del muy gracioso y fácil escritor C. L. de Cuenca.)

¡Claro! Valera no puede, ni quiere, ir de redacción en redacción pidiendo sueltos, bombos y reclamos á los chicos. Y ahora no se habla largo y tendido más que de los libros, de la gente que no hace sombra y que tiene á los *monos sabios* por personas.

Otros críticos (!) hay que no hablarán de *Genio y figura* porque... ya han agotado todas las municiones llamando insignes ilustres, genios á una porción de pelagatos grafomanos, pero amigos.

Y si á Juan Fernández se le llama eminente novelista, ¿qué se le va á llamar á Juan Valera.

Los autores de talento verdadero llegan tarde ante la crítica (!) benévola: cuando ya al bombo... se le ha roto el parche.

¡Y pensar que, pase á tanta benevolencia, éstos beatos angélicos tienen que contentarse con dos pesetas, ó poco más, por cada artículo!

*
**

Dios castiga á los *cucos* de la crítica, á los que sólo quieren *ganar amigos* y medrar á fuerza de elogios universales.

El mérito los desprecia; la necedad los llama de tú... y después mueren en el hospital.

Y por *simoniacos* del arte, lo merecen.

*
**

Ya empiezan á darsus frutos los *estudios superiores...* de párvulos. D. Manuel Espejo Martínez, de Málaga, aficionado al estudio de la literatura española, lee en un periódico madrileño que el señor Menéndez Pidal, que explica por *todo lo alto* en el Ateneo los orígenes de la lengua castellana, ha hecho un gran descubrimiento: ha podido precisar la fecha y sitio en que se compuso el *Poema del Cid*.

El Sr. Espejo, entusiasmado con la noticia, escribe al Sr. M. Pidal preguntándole qué hay de cierto en el tal descubrimiento; y el Sr. M. Pidal contesta con mediana gramática (la carta la publica un periódico de Málaga): «eso de la fecha por que usted me pregunta, comprenderá que no es fácil determinarla». Pero, dice después el Sr. M. Pidal, «es indudable que fué á fines de la segunda mitad del siglo XII».

Por de pronto, fíjense ustedes en la manera de señalar: á fines de la *segunda mitad* del siglo XII.

Un sabio, que no fuera *superior*, diría á fines del siglo XII... y sería lo mismo. Porque el final de la segunda mitad... es también el final del todo... á no ser que los siglos, después de la segunda mitad, tengan una tercera mitad.

El Sr. Espejo, con las noticias *superiores* del Sr. M. Pidal, se quedó frío.

Oigámosle: «Todo lo que el Sr. Menéndez dice en su epístola lo sabía yo del año pasado, cuando estudié la Literatura del Sr. Mudarra en la Universidad de Granada.»

En el tomo II de su obra escribe Mudarra: «Nos limitamos á decir con Ticknor que debió ser (de ser, Sr. Mudarra) á fines del siglo XII».

De modo que Ticknor y Mudarra, autores *reconditos*, ya habían descubierto el mismo Mediterráneo que M. Pidal. La diferencia está en que el sabio americano y el tratadista, no superior, español llaman *fines* del siglo XII á lo que para M. Pidal es *fin* de la *segunda mitad* del siglo XII.

Por eso Calínez, para pasar alegre á lo menos la primera mitad de su vida, no se morirá hasta el final de la segunda mitad de su preciosa existencia.

También le dice M. Pidal al Sr. Espejo que el manuscrito que hoy conservamos es de principios del siglo XIV.

¡Pero eso también lo había leído Espejo en Gayangos!

*
**

Y ya que hablo de este Sr. M. Pidal, debo declarar que no es el diputadito pidalino que yo creía, sino un hermano suyo, y joven estudioso según creo, del cual nada malo tengo que decir; porque no es cosa mala aconsejarle que se deje de estudios superiores hasta que la sabiduría se le madure un poco más.

Y perdone.

*
**

A Calínez (á Navarro Ledesma): ¡Heteral! ¡Españolital!... (Véase *Genio y figura...*)

Clarín.

★
UNA DISTRACCIÓN

Mi buen amigo el tendero de comestibles Antón (que con respeto me trata desde que era chico yo y tiene de ultramarinos una gran tienda en Alcoy) me pidió que le mandase cuatro versitos *ad hoc* para ponerlos á modo de anuncio en un tarjetón sobre unas latas de truchas que del Norte recibí.

Al mismo tiempo sor Juana, la superiora mejor que tuvo colegio alguno de niñas, desde Chinchón me escribió que le mandase una redondilla ó dos para que las educandas implorasen el favor de la Virgen, pues la copla que cantaban se gastó y ya no le hacía efecto á la Madre del Señor.

Hice su copla á las niñas, hice sus versos á Antón y le encargué de mandarlos á mi escribiente Muñoz; pero, quizá distraído porque ha poco se casó y ya tiene la cabeza de tal modo que da horror,

en el sobre de sor Juana metió los versos de Antón y en el sobre del tendero los de las niñas metió.

Llegó á manos de mi amigo su carta, y el muy melón, que suele pasar á ciegas por todo lo que hago yo, dijo entre sí: «Bien me extraña la tal copla, como hay Dios; pero cuando así la ha escrito sabrá por qué el buen señor.»

Y sin hacer en el texto la más leve alteración, sobre las truchas famosas este cartel colocó:

Cubre, Virgen, con tu manto á éstas que tus hijas son y que sumidas en llanto te piden la bendición.

Y por su parte sor Juana la superiora exclamó al ver mi carta:—«¡Dios mío! ¡Qué versos! ¡Si esto es atroc!» Pero, por no desairarme, con fe se los enseñó á las niñas, que en sus fiestas cantan llenas de fervor: *Metidas en estas latas llegamos hoy de Gijón. Somos buenas y baratas. ¡Aprovechad la ocasión!*

Juan Pérez Zúñiga.

DE LA GUERRA



—Pues eso es lo que está haciendo el Weyler, ¿sabes? El bicho se le ha puesto receloso y cobarde, y el día menos pensao le suelta una cornada...



—¡Vaya unos generales, concho! Si yo no me hubiera retirado de subteniente, á estas horas me habian echado más coronas de laurel que pelos tengo en la cabeza.



—¿Y á mí que me se importa? ¡Estoy libre de quintas y no tengo papel de eso que se cobra! Conque... anda y que dure lo que quiera.



—Aquí no van á quedar más soluciones que las nuestras. Cien mil toneladas de dinamita debajo de la isla de Cuba, otras cien mil debajo de las Filipinas. Se manda una corriente eléctrica desde el mar... ¡y paz octaviana!

Antes del estreno ⁽¹⁾

(MONÓLOGO)

¡Cristo con el teatro! ¡Está imponentel
Diría que da miedo
si no supiera yo que necesito
fingir que no lo tengo.
¡Ahí está ya la masa, que á juzgarme
viene, con el derecho
que yo mismo la doy, pues libremente
al fallo me someto!
¡Y buena gente está! La alegre turba
de chicos sin empleo,
que vienen del café, de hablar de niñas
y arreglar ministerios;
las mujeres que gustan de emociones
y no traen ni el deseo
de entender la comedia, ni de oirla,
ni de guardar silencio;
los que escriben también, los del oficio,
que escucharán atentos,
con la sana intención de ver las faltas
y quitarme el pellejo;
y los representantes de la prensa,
rígidos, graves, serios,
enseñando la punta del cuchillo
que sirve de escalpelo...
Tribunal numeroso, abigarrado,
confuso, heterogéneo,
con gustos diferentes, con distinto
nivel de entendimiento,
colección de animales y de sabios,
de tontos y discretos,
que verán unos negro lo que es blanco
y otros blancos lo negro...
¡Y esos son, según dicen, los que pueden
hundir en un momento
el modesto edificio levantado
con tan grandes esfuerzos!
Yo soy solo, ellos muchos; en la lucha
la peor parte llevo.
Si triunfan, ¿qué adelantan? Pero, en cambio,
¡qué gloria si les venzol

Ya bajan de sus cuartos las coristas
con barullo y estrépito,
los actores deshacen los corrillos
para ocupar sus puestos;
ya se despeja el escenario, empuña
la batuta el maestro.
¡Luz en la batería! ¡Suena el timbre!...
¡Ya no tiene remedio!

.....
Las olas han cogido mi barquilla,
juguete de los vientos,
y sobre el lomo azul la zarandean
á la entrada del puerto.
Lo mismo que estrellarme en los peñascos
puedo salvar el riesgo;
diré como el Andrés de *Sotileza*:
—¡Orzal! ¡Jesús... y adentro!

Sinesio Delgado

Y después de todo...



—¿Qué? ¿Que hay monedas de oro de veinte duros? ¡Desde lo alto de mi escepticismo las desprecio profundamente!

¡Cómo se escribe!

Lo que es D.^a Emilia ¡sigue escribiendo de una manera!...
Ya se ve, como no suele hacer caso de los consejos que se le dan, no aprende nada, y siempre está lo mismo; si es que no va de mal en peor la pobre señora.

Le he dicho varias veces que no se meta en latines, ni en teologías, ni en liturgias, ni en otras muchísimas cosas que no entiende, y nada; se empeña en escribir de todo.

Así es que desbarra á cada paso.

Hace pocos días, aprovechando el de Ceniza, como aprovechó en otra ocasión el de Navidad y en otra el Viernes Santo, pues D.^a Emilia parece elegir para desbarrar los días más solemnes... y eso que para desbarrar D.^a Emilia puede decirse, como en le advertencia parroquial de las fiestas de la semana, que «todos los días son santos y buenos»; hace pocos días, como digo, nos contó

D.^a Emilia una aventura pecaminosa, de esas que á ella le gusta referir y que forman su especial repertorio. Vamos, una especie de *insolación*... aunque sin sol, porque fué por la noche.

Se trataba de una señora casada, para mayor brillo é interés de la acción, que en la noche del martes de Carnaval, después de acostada toda la familia, se salió secretamente de su palacio y se fué á un baile de máscaras, á encontrarse allí con un amigo que al amanecer la volvió al abandonado hogar en una berlina.

La moralidad del cuento salta á la vista, y no hay para qué hablar de ella.

No hay que decir sino que á la una con la moralidad va la literatura.

«Ya despuntaba la *macilenta* aurora, dice la literariamente macilenta D.^a Emilia, cuando Nati se bajó del coche y entró en su domicilio furtivamente, haciendo uso de un diminuto llavín inglés.»

¿Qué tal, eh?...

Por lo visto, la aventura no era una casualidad. La señora usaba llavín.

«No tenía que pensar en recatarse del cochero, pues el coche no era de alquiler...»

La razón no parece demasiado convincente; pero, en fin... Puede ser que de los cocheros cuyo coche no es de alquiler no sea necesario recatarse.

(1) Esta composición fué remitida á *El Liberal* momentos antes de la primera representación de *La madre abadesa*, y en dicho periódico se publicó al día siguiente. Como aún me dura la impresión de aquella noche de todos los demonios, la copio aquí por el gusto de que figure como recuerdo en la colección del MADRID CÓMICO.

De todos modos, conste que D.^a Emilia es quien lo dice; que yo no entro ni salgo.

Pero todavía añade D.^a Emilia:

«...y alguien que acompañaba á la dama, al salir ella, se agazapó en el fondo de la berlina.»

Muy bien. Este detalle está muy bien y es muy importante. Para que nadie dude que la dama no andaba sola, sino con el galán correspondiente.

Después dice la Sra. Pardo Bazán que Nati «entró en su tocador en puntillas», aunque no se dice así, sino de puntillas.

Pero ya se sabe que D.^a Emilia, por no decir como los demás, es capaz de decir al revés todas las cosas.

Lástima es que esta buena señora no se halle en estado de matrimonio; porque haría muy buena pareja con otro escritor que también tiene la manía de decir las cosas al revés; aquél que dijo: «se oyó dos chupadas que á su cigarro dió el señor cura», y ha dicho pocos días hace: «tal cosa no podía menos que suceder».

Volviendo á D.^a Emilia, nos la encontramos describiendo los efectos que la borrasca había causado en Nati, la cual, mirándose al espejo, apreció todos estos detalles.

«El dominó blanco arrugado mostraba sobre la tersura del raso pegajosos y amarillentos manchones de vino...»

¡Caramba con la señora del palacio!...

Aquí da gana de preguntar como en la célebre zarzuela bufa:

¿Estamos en el Olimpo,
ó en la puerta de Toledo?..

Pero no para ahí la cosa, sino que además:

«Un trozo de delicada blonda pendía desgarrado, hecho trizas...»

Algo menos sería, señora; y bastante era con lo desgarrado, porque si hubiera estado hecho trizas no podía pender.

Adelante:

«Caído hacia atrás el capuchón y colgado de la muñeca el antifaz de terciopelo, se destacaba el rostro desencajado, fatigado, severo (?) á fuerza de cansancio y de crispación nerviosa...»

¡Caramba, caramba, caramba!

Y todavía:

«Las sienes se hundían, la boca se sumía contraída por el tedio, las ojeras se oscurecían y ahondaban y...»

No ahondemos nosotros más, porque verdaderamente no es necesario.

Por último, Nati, «después de soltar el dominó y de arrancarse las joyas» (así lo dice D.^a Emilia), comenzó á dudar si era ella la que había pasado así la noche del martes de Carnaval, si era ella la que había escuchado, consentido y celebrado entre el aturdimiento y la algazara de la bacanal aquellas frases á cual más profanas y libres...»

Entonces advirtió que estaba amaneciendo, «se envolvió en una bata acolchada y con inmensa fatiga se dejó caer en un ancho diván oriental». «Por un instante creyó dormirse, pero casi al punto la despabiló una idea.» Se acordó de que era miércoles de Ceniza, precisamente el día en que había muerto su madre...

¿Cómo no se acordó antes de arreglar la escapatoria?...

Esto no crean ustedes que lo pregunto yo; lo pregunto D.^a Emilia, suponiendo que se lo preguntaría á sí misma Nati.

Lo cierto es que ésta saltó del diván dando diente con diente, se vistió de negro ella solita y se marchó á la iglesia.

Bueno, cierto no es tampoco; pero es cierto que D.^a Emilia lo dice.

¿Y después?...

Después Nati «divisó la iglesia, cruzó el pórtico persignándose, tomó agua bendita y se arrodilló delante del altar, donde un sacerdote imponía la ceniza á unos cuantos fieles madrugadores...» En seguida «Nati presentó la frente» y... D.^a Emilia metió la extremidad inferior por meterse en latines. Pues dice D.^a Emilia que cuando Nati presentó la frente «oyó el fatídico *Memento, homo, quia pulvis eris...*»

No, señora. ¡Qué había de oír eso! Oiría *Memento, homo, quia pulvis es*, que es como dice la fórmula de la imposición de la ceniza.

Si dijera *quia pulvis eris*, no hacía falta lo que sigue: *et in pulvere rem reverteris*, ó sería una redundancia. Dice: *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*.

Lo cual no tiene nada que ver, aunque á usted se le figure, con *Reverter*, el Ministro de Hacienda, no lo crea usted, ni con el *Reverte*. Sino que es como decir: «Acuérdate, hombre, ó Emilia, que eres polvo ó tierra, no que lo serás, que lo eres, y al polvo ó á la tierra has de volver».

De modo que nada de *pulvis eris*, D.^a Emilia. Eso no lo pudo oír Nati en la iglesia, porque es invención de usted exclusivamente.

Una de las muchas y gordas... invenciones que á usted se le escapan por empeñarse en escribir de lo que no sabe.

¡Cuánto mejor hubiera sido, mi señora D.^a Emilia, que antes de publicar ese cuento... Bueno, lo mejor de todo era que no le hubiera usted publicado ni le hubiera usted escrito, ¿sabe usted? Pero, de publicarle, ¡cuánto mejor hubiera sido que hubiera usted preguntado antes á alguna persona, á mí, por ejemplo, cuáles son las palabras adoptadas por la Iglesia para la imposición de la ceniza!

Así no hubiera usted dicho eso del *pulvis eris*.

Como tampoco hubiera usted llamado en otro tiempo *pena de daño* á la *pena de sentido* y viceversa, si me lo hubiera usted preguntado antes.

Pero nada, prefirió usted darme injustamente un arañazo para ver de congraciarse con los académicos, y el resultado es que ni ha podido usted entrar en la Academia ni tiene usted quien le evite el desbarrar ¡ay! tan á menudo.

Antonio de Valluena.



LA VUELTA DE LOS TOROS

—Buenas tardes, vecino.

—Muy bienvenida.

Pero qué, ¿se ha acabado ya la corrida?

—¡Ay! no, señor; volvemos precipitadas.

—Hemos sido esta tarde muy desgraciadas.

—Yo vengo medio muerta.

—Yo, sin sombrilla.

—Remedios, sin enaguas.

—Pues ¡y Lolilla!...

—Pero asíéntense ustedes aquí un momento.

—¡Ay!, señor.

—Mil gracias por el asiento.

—¿Quieren ustedes algo pa serenarse?

—No, señor, pero es cosa para contarse.

—Salimos á las cuatro.

—Ya estaban dadas.

—Y fuimos en un ripert casi prensadas.

—Yo, entre dos artilleros.

—Yo, entre unas gentes...

que, vamos... ¡hay algunos muy imprudentes!

—Llegamos á la plaza sudando el quilo.

—Yo, destrozada, y ésta... por el estilo.

—Entramos casi en andas, como los santos.

—¡Pues si entraban de golpe yo no sé cuántos!

—Luego, en las escaleras, ¡ay, qué fatigas!

Creí que me dejaban hasta sin ligas.

—Entramos en la grada, y unos horteras

nos habían cogido las delanteras.

—Gracias que en el instante se levantaron,

y hasta puede decirse que nos sentaron.

—¡Qué chicos tan amables y tan atentos!

—¡Y qué calor dejaron en los asientos!

—Llegamos al primero, que salió abanto,

con unas astas, hijo, ¡que era un encanto!

—Le tocó á Mazzantini, que hoy estrenaba

un verde... que cualquiera se lo tragaba.

—El lo pasó sereno, con mucho arte,

más le cogió.

—¿Cascucho?

—Por mala parte.

—¿Por dónde?

—No lo he visto precisamente,

pero se me figura no fué de frente.

—Yo me tapé al momento con la sombrilla,

porque le había roto la taleguilla,

y ya ve usted, vecino...

—¡Sí, ya lo veo!

—Lo que se le vería.

—¡Pus ya lo creo!

—Luego, ha habido una bronca de mil demonios.

—Y se han dado de palos dos matrimonios.

—Parece que un marido, que al lado estaba

de la mujer del otro, la... molestaba.

—Como son los asientos tan reducidos,

están los abonados muy comprimidos.

—Y sin querer, algunos, aunque corteses,

á las que están al lado pisan los pieses.

—A mí... el pie del vecino me hace cosquillas

siempre y cuando que tocan á banderillas.

—Pero ésta no se altera.

—Sigo tan grave.

—¡Si lo hacen apropósito!

—¡Pus ya se sabe!

—Hay algunas mujeres muy apestosas.

—¡Pues si una se enfadara por esas cosas!...

—Y vamos, la corrida, ¿qué tal ha estado?

—¡Superior! Al *Mondongo* lo han reventado.

—Me alegro; ¡si es un bruto!

—Por culpa suya.

—El mismo se ha clavado toda la puya.

—¡Qué suerte! Yo quisiera ver una muerte.

—Pues nosotras tenemos bastante suerte.

—Vimos al *Espartero*, como á usted ahora

—Y al *Tato*. ¡Qué figura más seductor!

—¿Y el *Reverte*?... No tiene ni un *abujero*

que no lo hayamos visto.

—Desde el primero.

—Pero ha llovido un poco, y aquello ha sido

que nos han estropeado los del tendido.

Desdichas del hombre gordo.



—¡Es una desgracia tener estas carnes! ¡Se pasa uno la vida corriendo detrás de la felicidad en forma de costurera y no la alcanza uno!...

—¡Son unos animales!

— No miran nada.

—Y se entraron á coces en nuestra grada.

—La grada no me gusta, porque si llueve...

—Calcule usted, ¡sobre esta pasaron nueve!

—¡Nos hemos asustado!

— ¡Mucho! Y por esto.

¡ay! nos hemos venido sin ver el sexto.

—¿Y el presidente?

—¡El presidente... un brutal!

—¡Naturalmente!

Constantino Gil.

Menudencias.

Se ahogó con su esposa Antonio cuando fueron á bañarse, y allí, en el mar, al ahogarse, se *disolvió* el matrimonio.

Mientras la veda, un borracho un mochuelo mató al vuelo, y prendieron á un muchacho que *cargó con el mochuelo*.

José M.^a Solís y Montoro.

De Mula le han regalado unos chorizos á Pura; por eso desde hace días come *chorizos de Mula*.

Las cerillas que yo llevo se parecen á tí, Petra; todas las que hay en la caja han perdido la cabeza.

Ayer encontré á José, ganadero amigo mío,

y me dijo con tristeza:

—¡Está el *ganado perdido!*

En los hierros de tu reja encontré ayer una carta: pensé en la muerte... en el crimen... ¡y era la sota de espadas!

Un zapatero mandó á un chico con una esquila en que á su mujer decía: «Dale al dador dos punteras.»

FELIPE LÓPEZ COLMENAR.

un beso de una mujer.

El caso es muy singular, pero he podido indagar, dónde la causa reside, y es muy fácil de explicar: ¡El pobre chico los pide!

Un buen tenedor de libros resulta el autor don Lesmes: como no le compran uno, todos los que hace los tiene.

SIXTO CELORRIO

Decía un pollo afligido: —Lo que á mí me ha sucedido nadie lo querrá creer, pues jamás he conseguido

Un día me diste un beso y un caramelo después. ¡Vaya un caramelo amargo el caramelito aquel!

FELIPE A. DE LA CÁMARA

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

La prima... de la guitarra.—Puede usted remitirlo de nuevo firmado, por supuesto.

Sr. D. M. G.—Endebles ambas, y debo hacerle dos advertencias: El verso

«Con vinagre y una babucha»

es largo. Y el verso

«Materia algo escabrosa»

es corto. Y como uno y otro hay algunos más.

Sr. D. M. C. E.—El asunto es excesivamente candoroso.
Curomieles.—El de la suya no tiene ese defecto. ¡Al contrario! Pero ya se ha dicho eso, en distintas formas, muchas veces.
P. Ta. K.—Crea usted que estoy deseando complacerle y que lo haré en cuanto pueda. Pero las *menudencias* de hoy no tienen nada de particular.
Tu amigo.—¡Mío! Puede ser. Pero también es usted amigo de comerse las sílabas. Pongo por ejemplo:

«¡Poco dura en el pobre la alegría!
 Adagio que me recuerda mi suerte,
 pues alegre ya de que pude verte
 frustróse al punto la esperanza mía.»

Comprenderá usted que los dos versos *centrales* no podrían salir á la calle sin muletetas.

Uno que está completamente loco.—Pero, hombre, ¡si parecen mal hechos con toda intención!

El Chiquito de Valladolid.—Esperemos á que crezcas.

Otro López.—Silva. Y no debe usted imitarle.

Un suscriptor.—Esas cosas, un tantico sentidas y con tendencias honradas, se van á lo cursi como no se tenga mucho cuidado con ellas.

Juanito tres codos.—La portada y el prólogo se publicaron en el suplemento correspondiente al primer número del año, ó sea al almanaque, que con todo y con eso no cuesta *todavía* más que quince céntimos. ¡Una miseria!

Fósforo sin cabeza.—No, el ritmo no anda muy bien que digamos, porque hay muchos acentos cambiados que alteran la cadencia.

«Pero permítame que la pregunte»

sonaría bien si el acento cargara en la última sílaba de *permítame*.

Sr. D. L. S.—Un millón de gracias por su ofrecimiento. De las *menudencias* podría servir la segunda, si no fuera porque ese mote de *El Frangas* (para aconsonantar con *naranjas*) es tan poco verosímil... que parece ripio.

Rapet.—Pues... por fuerza sigue la equivocación, porque tampoco puede ser ésa. ¡Nos hemos hecho un lío!

¿Cuál?—¡Porral volvemos á las andadas. Ahora no me gusta ninguna de esas cosillas.

Un civilista.—¡Madre de Dios! ¡Qué seriotas son ambas!

Catarro.—¡Ay, no! Eso no es un soneto. Porque hay una porción de aconsonancias del género de las imperdonables, y... el segundo verso se ha quedado corto.

El tío Gervasio.—Gracias. Para darme la enhorabuena anticipada, se necesita tanto valor como el mío al meterme en esos trotes... en que pienso continuar Dios mediante.

Srta. D.^a A. N.—Mire usted, de aconsonantar el segundo y el cuarto versos de una cuarteta, hay que hacerlo también con el primero y tercero, porque si no suena mal el conjunto.

Sr. D. J. M. S.—Se aprovecharán un par de ellas.

Perico.—Continúan siendo flojas, en la acepción que usted da al vocablo.

Un incógnito.—La una para un abanico, la otra... ¡ay! la otra para ninguna parte.

P. Zs.—Hay una de ripios, asonancias y trasposiciones violentas que pasa de castaño oscuro.

Sr. D. G. G.—No se debe cantar á la primavera con quintillas por el estilo:

«Hay abundancia de rosas
 lirios y otras florecillas
 olorosas y sencillas
 multitud de mariposas
 que revuelan ligerillas...»

Porque es de una inocencia verdaderamente arcaica.

Lolo.—Para una colección de cuentos gitanos no está mal, porque es uno más. Pero así, aislado, no tiene mucha gracia.

Filipo.—No me parece propia de este periódico.

Un pariente de la burra de Balaam.—Pues ¿sabe usted lo que le digo? Que, como broma, tiene gracia. ¡Y tal vez usted mismo no haya caído en ello!

Sancho Pansa.—Medianillo y algo vulgar. No se puede decir: «¿cuál entonces, serán los amuletos?», porque *cual* es singular y *amuletos* plural, y no tiene más remedio que resultar una concordancia vizcaína.

BIBLIOTECA DEL «MADRID CÓMICO»

ALMENDRAS AMARGAS

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 pesetas.

COSQUILLAS

POR JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Precio, 3 pesetas.

CUENTOS DE MI TIEMPO

POR JACINTO O. PICON

Precio, 3,50 pesetas.

ESPAÑA COMICA

ÁLBUM DE CINCUENTA CARTULINAS ENCUADERNADO EN TELA

Precio, 28 pesetas.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS DE LA COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

▲ corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

▲ los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primero derecha;

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º